

LA VETERINARIA CONTEMPORANEA

REVISTA CIENTÍFICA.



Año III

Madrid 31 de Octubre de 1892.

Núm. 66

ALTERACIÓN DEL HÍGADO EN UN CERDO.

(CONTINUACIÓN.)

C.—Formación de urea y de otros principios excrementicios.—Para Meissner, y después de él para otros muchos fisiólogos, el hígado es el órgano formador de la urea en los mamíferos; del ácido úrico en las aves. De los partidarios de esta hipótesis, unos sostienen que esos principios excrementicios provienen de la desasimilación propia del órgano; otros, de la destrucción de los glóbulos rojos; algunos, de los productos de la digestión. Tanto los unos cuanto los otros, fundamentan su opinión común en tres series de hechos: 1.º En el tejido hepático y en la sangre venosa que de él sale, se encuentra mayor proporción de dichos principios excrementicios que en la sangre de otros órganos; 2.º en los hipotrofias ó atrofias agudas del hígado, aquéllos disminuyen en la orina; 3.º cuando se electriza el hígado mezclado con sangre sin fibrina, la proporción de urea aumenta. Además, invocan algunos fenómenos clínicos y experimentales.

Y bien; la mayor parte de estas afirmaciones, si no todas, han sido desmentidas por gran número de experimentadores de gran reputación, según los cuales, ni en el hígado existe mayor proporción de los citados principios que en algunos otros órganos de la economía—cerebro y músculos por ejemplo—ni en las alteraciones del hígado aumenta ó disminuye tan considerablemente su proporción, ni es cierta, en una palabra, afirmación alguna de los

anteriores. Es más; extirpado el hígado en animales que sobreviven algún tiempo á la operación—ranas—se comprueba que la proporción de ellos en la orina es apenas sensible.

Por nuestra parte, sólo hemos de formular dos preguntas: ¿Se quiere suponer que el hígado es el único órgano que forma éstos y aún otros principios, ó sea el único origen de la urea y ácido úrico, que se expulsan por la orina? Pues no podemos aceptar estas ideas; porque á más de desmentirlas los hechos, son contrarias á las leyes biológicas universalmente reconocidas por verdaderas. ¿Se quiere demostrar simplemente que en el órgano hepático existe formación de los repetidos principios excrementicios, como en cualquier otro órgano del cuerpo? Pues creemos que esta creencia no merece el trabajo que se han tomado para demostrarla; porque claro y evidente es, que al existir en él destrucción de principios albuminoides, persona alguna negará que se formen aquéllos.

Y hé aquí fácilmente explicados los resultados de algunas experiencias. ¿Cómo no comprender y por qué extrañarnos de que en la sangre que sale del hígado exista mayor proporción de urea y ácido úrico que en la sangre de la arteria hepática, si aquélla saca de él los productos de su destrucción orgánica y entre éstos se encuentran aquéllos? ¡Tan falto de razón sería el extrañarse de que esté más cargada de ácido carbónico! Y en las hipotrofias ó atrofas del órgano, ¡claro es que la proporción total de urea expulsada por la orina, ó azúcar, etc., ha de ser menor! ¡Como también lo sería en los casos de atrofia del cerebro! etc., etc.

(Se continuará.)

PATOLOGÍA Y TERAPÉUTICA.

NINFOMANÍA EN UNA PERRA.

El animal que ha motivado esta historia estaba indudablemente ninfomaniaco. Presentaba á primera vista un

aspecto sorprendente y hasta terrorífico: ojos saltones, fijos, encendidos, brillantes; cara contraída; boca entreabierta, espumosa; lengua pendiente y llena de baba, que también caía por las comisuras de los labios; orejas gachas; cuello estirado; respiración acelerada é irregular, ijadeo; cola medio en pompa; piernas separadas, y vulva abultada, entreabierta y dejando escapar mucosidades.

De tiempo en tiempo aullaba de un modo particular, como manifestando deseos de alguna cosa, se ponía más agitada, procuraba restregar por el suelo los organos genitales, abriendo las patas, bajando la grupa y arrastrándose; si veía algún perro se exacervaba en su estado, procuraba llegar á él, le hacía caricias, saltaba, movía el tercio posterior y aun se montaba sobre él cual si fuera á cubrirlo.

El dueño estaba asustado, creyendo en un principio de rabia, porque se había tornado arisca, gruñona, irascible, mordedora, no comía, huía de él cuando la sacaba de paseo ó de caza; sólo dudaba porque tenía gran sed y bebía con facilidad grandes cantidades de agua.

Me dijeron que estaba así desde el último celo, en el cual no quiso el dueño que la cubriera ningún perro porque era joven (año y medio) y la necesitaba para la caza, pues se trataba de una perra Pointer. Había entrado en celo once días antes de mi visita, y desde entonces se había agravado por días.

Estaba aún en regular estado de carnes, y no observé en ella, aparte de los síntomas mencionados, sino pulso acelerado y duro.

Le practiqué una regular sangría, y prescribí media dieta, alimentos nada estimulantes, dos baños generales fríos cada día, inyecciones vaginales de cocimiento de zaragatona con adición de tintura de alcanfor, todo en frío, tranquilidad, no ponerla cama y que no viera ni oyera á otros perros.

Este tratamiento no me dió resultado, pues aun cuando pareció mejorar los dos primeros días, volvió á recaer y enflaquecía por momentos. Tampoco conseguí nada con

los antiespasmódicos que empleé muy luego, ni con las inyecciones subcutáneas de morfina.

En vista de estos resultados negativos, aconsejé al dueño que la dejara cubrir por algún perro. Así se hizo, fué cubierta varias veces durante tres días; estuvo algo calmada el cuarto, volvió á estar ninfómana el quinto, y así continuó á pesar de los baños, de las inyecciones y de los antiespasmódicos, consiguiendo sólo calmarla durante algún tiempo.

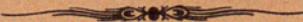
Cerciorado de que no existían pólipos vaginales ni ningún otro tumor, causas de la ninfomanía en no pocos casos según algunos autores, me pregunté si existirían en la vagina algunos parásitos. Por si así era, practiqué inyecciones de calomelanos, de koulso, de cocimiento de raíz de granado, sin obtener resultado alguno.

Desesperado ya de poder combatir la enfermedad con ningún remedio terapéutico, me decidí á hacer la castración, previa aquiescencia del dueño que consideraba inútil la perra para la caza en el estado en que se hallaba.

Extraídos los ovarios, vi que el izquierdo era mucho mayor que el derecho, tenía cuerpos lúteos, vesículas de Graaf en diversos estados de madurez y multitud de quistes serosos cuyo tamaño variaba desde el de un grano de trigo hasta el de una nuez pequeña, llenos de un líquido amarillento en unos y transparente en otros. El ovario derecho sólo tenía cuatro de estos quistes, uno grande y tres pequeños.

¿Eran estos quistes la causa de la ninfomanía, según afirma Zangger que pasa en las vacas? Nada puedo afirmar en lo concerniente á este asunto. Únicamente diré, que la ninfomanía persistió cuatro días después de la castración, que desapareció después, y que sólo al cabo de tres meses la perra volvió á presentar, durante tres días, una especie de falso celo. Hace un mes de esto último.

R. L. DE S. C.



ANTROPOLOGÍA.

LA EVOLUCION DE LA MORAL EN LA ESPECIE HUMANA.

(Continuación.)

II.

EL ORIGEN REMOTO DE LA MORAL.—LA MORAL EN LOS ANIMALES.

El origen de la moral en la especie humana puede estudiarse con dos criterios completamente opuestos; porque debe buscarse en el origen del hombre, y éste no es igual para los transformistas que para los partidarios de la inmutabilidad.

Según los partidarios de la inmutabilidad, el hombre no ha tenido antecesores mediatos ni inmediatos en la escala zoológica: fué creado hombre el día de la formación del mundo orgánico, al propio tiempo que el caballo, el asno, el insecto y el protozooario. Por lo tanto, la moral humana nació con el hombre el día de la creación, siéndole impuesta á la manera de sus formas, de sus funciones, de sus instintos y de su inteligencia; y así se conserva hoy, única, indestructible é inmodificable, sin haber sufrido cambio alguno y sin poderlo sufrir hasta el día de la ecatombe general.

Para los transformistas, el hombre ha nacido á consecuencia de las metamorfosis sufridas por seres inferiores á él en organización y fenómenos vitales, cuyos representantes aún existen en la actualidad; desde que apareció como hombre, ha experimentado una gran serie de cambios; y en lo sucesivo los cambios continuarán efectuándose, quizás hasta el extremo de dar origen á un ser más perfecto. De consiguiente, la moral no ha nacido con el hombre sino mucho antes que él, con sus antecesores zoológicos; no es inmutable ni única, y cambiará con el mundo.

La verdad es que la doctrina de la inmutabilidad del tipo específico no puede ser más cómoda ni exigir menos esfuerzos intelectuales para hallar el origen, causas y leyes de cualquier fenómeno: todo se debe á la voluntad de un ser supremo, y EL es el único que puede modificarlo ó anularlo: tiene moral el hombre, porque lo quiso el Supremo Hacedor; sus causas son la voluntad del Supremo Hacedor; desaparecerá ó se modificará cuando lo determine el Hacedor Supremo. Pero si la moral nació con la especie humana, y ésta fué única en su origen, ¿por qué no es igual y universal? ¿Por qué es distinta según los pueblos, las épocas, las costumbres, las edades? ¿Por qué cambia sin cesar? ¿Por qué la de algunos pueblos se asemeja á la de los animales?

La investigación de la verdad con arreglo á los principios de la escuela transformista, evolucionista ó darvinista, resulta mucho más trabajosa, exige grandes esfuerzos materiales é intelectuales..... pero es innegablemente más científica y provechosa. Hay que dilucidar, primero, cómo ha nacido la moral en los animales, qué causas la han engendrado, qué condiciones la permiten y las leyes que la rigen; después, cómo se ha elaborado la moral humana derivada de la animal, por qué fases ha atravesado, sus causas, condiciones y leyes; por último, los motivos de que varíe sin cesar.

Nosotros que somos transformistas impenitentes, vamos á ocuparnos con la necesaria concisión de todas estas cuestiones; y lo hacemos así, porque estamos convencidos de la bondad de la doctrina, y de que sólo acatando sus principios es dable establecer las relaciones de la medicina humana con la Veterinaria, del médico con el Veterinario; pues, de lo contrario, el primero y el segundo no deben ni pueden tener la más mínima conexión, el más insignificante parentesco.

Vayamos por partes y procedamos con orden. En primer lugar, ¿existe la moral en los animales? Todo aquel que haya estudiado con algún detenimiento la vida y costumbres de mayor ó menor número de especies zoológicas,

no dudará en dar á la anterior pregunta una respuesta afirmativa. Sí; la moral existe en los animales; una moral tan rudimentaria como se quiera, tan convencional como se desee, pero moral al fin.

Se cita por distinguidos autores el hecho de una yegua que se resistía con heroísmo á ser cubierta por un hijo suyo, y sólo se pudo conseguir que se prestara al coito poniéndola delante otro caballo, vendándola los ojos y sustituyendo después el caballo que había visto por su hijo. Nosotros hemos visto una perra que en repetidos celos se negó á las caricias de un hijo que vivía con ella, dejándose cubrir por otros individuos de su raza. También hemos presenciado dos casos de vergüenza en el perro, el uno por haber intentado cubrir á una cerda y el segundo por haber hecho lo mismo con otro perro.

Un hecho curiosísimo es el que se refiere á un perro de Terranova, llamado *Sultán*, que á la menor indicación de su dueño ó de las personas conocidas quitaba las gorras de la cabeza á los niños, con una tal delicadeza que jamás les hacía daño; y habiéndole mandado un día que quitara la gorra á un niño que no la tenía, y sí una cabellera abundantísima y enmarañada, fué á él, le cogió dos veces por el pelo, notó que lloraba, oyó las carcajadas de los que presenciaron el hecho, huyó avergonzado sin atender al llamamiento de su dueño, y durante mucho tiempo se negó á quitar más gorras. (1)

Otro hecho no menos interesante. Tres perros de caza que vivían en la misma habitación y habían sido castigados muchas veces por ensuciarse en ella, recibieron la compañía de una perra de la misma raza. Al cabo de algún tiempo de estar juntos y cuando ya se había establecido entre ellos cierta amistad, se ensució la perra, al ver lo cual se arrojaron sobre ella los tres compañeros mordiéndola con furor. La escena se repitió varias veces, y al fin hubo necesidad de separarlos.

(1) Este hecho, presenciado por muchas personas, acaeció en Tarancón, provincia de Cuenca. El dueño del perro se llama Luis Montalvo.

En lo que afecta á las relaciones amorosas de los animales apareados, es bien conocido el furor con que castigan los machos las infidelidades de las hembras, y aun éstas las de aquéllos.

El amor al nido, la defensa de la casa ó del territorio, la abnegación de las madres, los solícitos cuidados que prodigan á sus hijos, las atenciones y respeto que conceden á los animales viejos, etc., etc., son bien sabidos de todo el mundo y no precisan citas especiales.

¿Cabe, pues, negar á los animales moralidad?

(*Se continuará.*)

V. A.



UN DIAGNÓSTICO EQUIVOCADO.....

POR OLVIDAR LOS CONOCIMIENTOS FISIOLÓGICOS.

Parece que la fatalidad ha puesto mano en *la cosa*, haciendo que los redactores de este periódico encuentren motivos para contender con los de la acreditada *Revista Médica de Sevilla*, y aun pudiéramos añadir, que con los redactores catedráticos de la Escuela de Medicina de la reina de Andalucía; pero sea la fatalidad ó sea otra *entidad* cualquiera, lo cierto es que en cada número de aquel periódico hallamos motivos para escribir muchas cuartillas sobre los escritos *catedráticos* (y valga la frase) criticándolos.

Tócame hoy, en suerte ó en desgracia, el escribir estos mal coordinados renglones á propósito de un artículo titulado *Una autopsia*, que vió la luz pública en el número 232, fecha 30 de Septiembre, de aquella científica *Revista*; y cuyo artículo firmado por el doctor y catedrático D. Francisco Sánchez Pizjuán, revela á mi entender, ó que ha sido escrito con excesiva precipitación, ó que su distinguido autor ha olvidado las nociones de Fisiología que aprendió en las aulas, ó que pretende supeditar la verdad científica á las formas poéticas..... si para él es poético su artículo y cree que son compatibles la poesía y la medicina.

Deseo ser breve y voy al grano; mejor dicho, á los granos más salientes que ofrece el artículo del señor Sánchez Pizjuán, que entre todos bien podían llenar un granero.

No soy exacto en la calificación, llamando grano al primer *montón* de..... generalidades con que se tropieza al leer en el artículo del conspicuo catedrático de la Escuela de Sevilla, que «*le parecían las ideas menos dibujadas*» y que «*sentía así como unas bolas duras que pasaban de un hemisferio cerebral al otro, rodando sobre el puente ¡blanco y estriado!*—¿cuál de las dos cosas?—*que se llama cuerpo calloso.*»

¡Válgale Dios, señor Sánchez Pizjuán! Que un poeta ramplón y lego en asuntos fisiológicos dijera tales dislates como los que se consignan en el párrafo copiado, podía pasar; pero que todo un catedrático «sienta rodar bolas duras de un hemisferio á otro.....» eso no lo puede consentir la Fisiología; así como la Anatomía protestará de que al cuerpo calloso se le denomine *punte blanco y estriado*. Aparte de esto, buena estaría la ciencia si á todos los hombres que á ella se dedican les pasara lo que á usted; es decir, que en el momento en que tuvieran que resolver un problema sencillísimo—porque sencillo y muy sencillito es el que usted nos dice que se le ofreció con aquel bendito enfermo—«sintieran que las ideas les parecían menos dibujadas y que rodaban bolas pesadas por sus hemisferios.....» El señor Pizjuán nos engaña, porque ó no le ha pasado eso que dice, ó fué estando dormido, ó en un momento de delirio.

¡Buena sería la sorpresa de la familia del enfermo al ver que usted «caía sentado en una silla y su pensamiento en un abismo de reflexiones!»—¿hay abismos de reflexiones?—pero mayor hubiera sido al poder *destapar el cráneo*—¿pues no ha de ser posible? ¡bastaba con quitarle á usted el sombrero y afeitarse el cabello!—y ver la bataola que había, no en su cráneo, sino en su cerebro. Me figuro la escena que sucedería al ver á todo un médico, doctor y catedrático «caer su cuerpo sentado en una silla y su pen-

samiento en un abismo de reflexiones»—un poeta hubiera dicho «en un mar.»

Pero dejemos estos *giros poéticos*, porque hay que tener en cuenta que cualquiera se convierte en D. Antonio y pretende cantar á Elisa; dejemos también lo de «despertar usted agarrado fuertemente á la sífilis y al alcoholismo,» pues usted sabrá si efectivamente las ha agarrado, ó ellas le han agarrado á usted, ó ninguna cosa de las dos; y vamos á los *vagos movimientos que usted sentía en los reservados de la razón*—prescindiendo de que yo no conozco ningún sentimiento vago, ni tampoco reservados de la razón—y que *eran producidos por la idea de que tales trastornos*—los que había experimentado el enfermo, que eran ni más ni menos que manifestaciones del alcoholismo—fueran debidos á que las ramas del nervio pneumogástrico—en castellano sin *p*—izquierdo estuvieran aprisionados por la adherencia, *que usted veía clara en aquello profundo que sujetaba la cicatriz*. En resumen, y dicho de un modo más claro aun cuando menos *poético*, del que usted usa en su artículo; que usted creyó que los accidentes epileptiformes que presentaba aquel sujeto, eran debidos á que *las ramas*—¿qué ramas?—del neumogástrico izquierdo habían quedado aprisionadas en la cicatriz que existía en el lado izquierdo del pecho de aquel individuo, cuya cicatriz era el resultado de una herida penetrante que le había sido hecha dos ó más meses antes.

Vamos por partes, señor Sánchez Pizjuán. ¿Cree usted de buena fe que es fácil, ni aun posible, que en la cicatriz de una herida situada en *el octavo espacio intercostal izquierdo, dentro de la línea mamaria y axilar* fuera aprisionado el neumogástrico? No; usted no puede asegurar eso después de reflexionar bien acerca del trayecto que recorre tan importante nervio, porque comprende usted que para llegar á él hubiera sido preciso que la navaja, faca, cuchillo ó puñal atravesara todo el pulmón, en vez de descender, como dice usted que sucedió, hacia el diafragma; y al romper éste no pudo ser, porque hubiera tenido que romper vasos tan importantes que hubieran hecho imposible

la vida. Y no añado más sobre este punto, porque la ilustración de usted no lo precisa.

¿Por qué, pues, se fijó usted en el neumogástrico? Supongo que no sería por los síntomas que presentaba el enfermo, pues usted no ignora que la lesión y aún la sección de uno solo de ese par de nervios, ni ocasiona la muerte, ni origina accidentes graves, menos la del *izquierdo* que la del derecho; que si por acaso no fuera cierta esta aseveración mía, la compresión por la cicatriz hubiera causado, antes de dar las ramas pulmonar y cardíacas—muy raras y escasamente importantes estas últimas en el cordón izquierdo—trastornos respiratorios y circulatorios graves; y después de dar las citadas ramas, alteraciones también graves en el estómago, intestinos, y, sobre todo, en la función glucogénica del hígado, que se hubieran revelado en la orina. De consiguiente, fué una genialidad de usted ó un olvido de sus profundos conocimientos fisiológicos, disculpable después del sueño aquel ó mareo que le hizo «*despertar agarrado á la sífilis y al alcoholismo,*» el achacar al neumogástrico un proceso mórbido cuya causa estaba bien clara.

La nota final de los que hicieron la autopsia sí que me llena de sorpresa. ¡Si parece que se habían *agarrado* á los errores de diagnóstico que usted cometió y jugaban á mayores!

No tenga usted miedo de que nadie le diga que se *pasaba de listo* al hacer las afirmaciones que comprende su diagnóstico. Lo más que podrán decir, es: «de un hombre que deja *caer su cuerpo sentado en una silla, siente rodar bolas pesadas de uno á otro hemisferio cerebral, se aletarga y despierta agarrado fuertemente á la sífilis y al alcoholismo* cuando se halla ante un caso *que estima raro* y cuya curación le está encomendada..... ¡*Guárdate, Pablo!*»

Voy convenciéndome de que en las Escuelas de Veterinaria se aprende tanto como en las de medicina humana, de que para saber biología maldita la falta que hace el ser bachiller ni doctor, de que para ser médico y vete-

rinario se necesita saber Fisiología comparada y..... de muchas más cosas que me callo.

FEDERICO A. FERNÁNDEZ.

MISCELANEA CIENTIFICA

La facultad de contar en las aves.—Cuenta un célebre naturalista inglés, que estando un día de caza vió una magnífica ave posada en la copa de un árbol; y entrando en deseos de matarla, para aumentar con un ejemplar más su ya abundante y selecta colección zoológica, la persiguió inútilmente durante largo tiempo, pues el ave burlaba sus intentos volando á otro árbol distante en el momento en que iba aproximándose á la distancia conveniente para tirarla—con lo cual demostraba, dicho sea de paso, que tenía conciencia de las distancias y sabía medirlas.—

Persistiendo en su intento, construyó una especie de espera ó puesto en una fuente, en la cual le dijeron que bebía el ave todos los días; pero esperó inútilmente, porque el ave permaneció inmóvil en un árbol sin bajar á beber hasta que vió al cazador salir de su escondite y marcharse despechado.

Volvió éste al día siguiente acompañado de otro hombre; vieron al ave, se metieron en el tollo, dejaron que transcurriera algún tiempo, y por fin se salió uno de ellos, quedándose dentro el otro provisto de la escopeta, creyendo que engañado el animal bajaría á beber. Con gran sorpresa de ambos, el ave no se llegó á la fuente hasta que vió á sus dos enemigos lejos de ella.

Picada ya la curiosidad del naturalista, al día inmediato se introdujeron en el puesto tres hombres, saliendo primero uno y después otro: el ave no bajó en tanto no vió alejarse á los tres. A otro día fueron cuatro, repitiéndose la misma escena; después cinco, luego seis, y siempre lo mismo: el ave contaba los que entraban, luego los que salían y sabía cuándo quedaba alguno en el escondite y cuándo habían salido todos.

Llegó un día en que fueron siete. El ave dejó impávida que salieran uno, dos, tres, cinco, sin bajar á beber; pero al salir el sexto y alejarse con sus compañeros, descendió del árbol que la servía de observatorio y fué muerta por el séptimo.

Demuestra este hecho que el ave sabía contar hasta seis, pero no más; y también demuestra la crueldad del hombre matando impúnemente á un animal digno de que lo hubieran respetado.

*
* *

Facultad de contar en los mamíferos.—Dejando á un lado los curiosos hechos que refieren autores distinguidos y los múltiples que se ven todos los días, bien en animales amaestrados por el hombre, bien en la vida común, referiremos dos que hemos presenciado y que no dejan lugar á duda.

Se refiere el uno á un pequeño y travieso mono de los vulgarmente llamados *titís*, que encontraba un placer singular en coger al aire una tras otra diez pequeñas pelotas, que devolvía á seguida. Cuando se le arrojaban sólo ocho ó nueve, esperaba las restantes; si se tardaba en echárselas y se esperaba indiferente á que él las devolviera, pasaba revista á las que tenía en su poder, se mostraba inquieto y buscaba en todos los rincones; al enseñarle las que completaban el número usual, manifestaba su alegría con saltos y gestos.

Sabía, pues, contar hasta diez, pero no mayor número; puesto que al tener las diez pelotas ya empezaba á devolverlas, aún cuando se jugara con doce ó más.

El otro hecho se refiere á un perro pachón, que traía á su dueño uno á uno los conejos que se ponían á distancia y formando un montón. Si á la segunda vez se le ocultaba uno, se mostraba inquieto buscándole por todas partes.

*
* *

Facultad de relacionar.—La tiene en alto grado entre otros animales el perro llamado *Pepe*, que pertenece á mi

buen amigo el veterinario de Chinchón D. Pablo Fernández Sancho. Causa verdadera maravilla el ver cómo el tal *Pepé*, que es un perro mestizo y basto, elige entre un montón de sombreros, por ejemplo, el de la persona que se le señala.

Indudablemente se vale del olfato para establecer la relación.

M. A.

SECCIÓN EXTRANJERA.

EXPERIENCIAS DE FRÖHNER SOBRE LA ACCIÓN TÓXICA DE LA CAFEINA EN LOS ANIMALES DOMÉSTICOS.—La cafeína es un medicamento relativamente poco venenoso para los animales domésticos, siendo las dosis tóxicas: 100 gramos en el ganado vacuno y en el caballo; 10 gramos en la cabra y en el cerdo, y 5 gramos en la especie canina. Los síntomas de envenenamiento consisten esencialmente: primero, en la excitación; después, en la parálisis del corazón y de la respiración, aumento de temperatura, é irritación de los órganos digestivos y urinarios (salivación, vómito, diarrea, cólicos). En su consecuencia, la cafeína es un veneno del corazón y de la respiración y un irritante enérgico de la mucosa gástrica al propio tiempo que un tetánico. Las inyecciones hipodérmicas de cafeína provocan una acción inflamatoria, y por este método obra de un modo mucho más pronto que administrada por la vía digestiva. La muerte por dosis tóxicas de cafeína tiene lugar á las tres ó cuatro horas, y según Fröhner, la carne de los animales así envenenados no es perjudicial para la alimentación.

* * *

ANGINA DIFTÉRICA EN EL GANADO VACUNO.—Habiéndose desarrollado en una vaquería bastante bien acondicionada una enfermedad, que el dueño de aquella estimó fuera el afta epizootica, reclamó los auxilios facultativos al colega Mayr, el

cual advirtió en los enfermos los síntomas siguientes: salivación abundante, dificultad en la deglución, destilación nárctica moco-purulenta, tumefacción y dolor en la región laringo-faríngea, fiebre, extremidades frías y defecación tardía. En la vaquería se encontraban dos vacas, una novilla y tres bueyes; estos últimos fueron conducidos á una barraca. El tratamiento consistió en inhalaciones, durante tres veces al día, de trementina y creolina; aplicación de un vejigatorio y luego de compresas de Priessnitz en las fauces, y en la administración de bebidas harinosas templadas, aciduladas con ácido clorhídrico. Además se enmantó convenientemente á los enfermos, y la cuadra fué desinfectada varias veces. Dicho tratamiento resultó infructuoso, pues al quinto día los enfermos se agravaron: la respiración se hizo estertorosa y difícil; la fiebre aumentó; el flujo nasal adquirió un aspecto gredoso, sobrevino una diarrea fétida con estrias sanguinolentas, y un abatimiento profundo se apoderó de los animales. En el día octavo murieron las dos vacas, y dos días después la novilla; los bueyes que fueron separados no sufrieron novedad alguna en su salud.

La autopsia hizo ver las siguientes alteraciones. La mucosa laríngea infiltrada, presentaba un color verdoso y gris amarillento, y estaba salpicada de úlceras diftéricas: los pulmones ofrecían las huellas de la pneumonía por aspiración y en el aparato digestivo existían sustancias alimenticias groseramente masticadas.

* * *

EXTRAÑA AFECCIÓN DE LA PIEL EN UNA VACA.—Una vaca de cuatro años y á los ocho días de haber dado á luz un ternero hermoso, presentó el tegumento externo, duro y agrietado como si sobre él se hubiesen dado enérgicas fricciones de trementina; anomalía que era más pronunciada en el cuello: alrededor de los orificios naturales, como los ojos, las narices, la boca, el ano y la vulva, que fueron los sitios primitivamente afectados, el epidermis se desprendía fácilmente y el dermis tenía un aspecto sonrosado. El examen de las grandes funciones no proporcionó dato alguno pero la temperatura rec-

tal llegaba á 40°, 7. J. Morand empleó un tratamiento interno y externo; consistiendo el primero en la administración durante ocho días, de 15 gramos de acónito en polvo é igual cantidad de sulfuro de antimonio, alternando con el aloes en pequeña cantidad. Con objeto de estimular el apetito, prescribió al día un litro de vino de genciana, mitad por la mañana y otra mitad por la tarde. Como tratamiento local, ordenó lociones de agua jabonosa con azufre y la glicerina iodada al 1 por 6. A los ocho días de empleado el método curativo apuntado, la piel del animal recobró completamente el aspecto regular.

* * *

DOS CASOS DE PLEURITIS CURADAS POR LA TORACENTESIS.— Ribaud, veterinario militar francés, refiere dos casos en el caballo, de pleuritis doble, tratados felizmente por la toracentesis repetida con algunos días de intervalo y por los diuréticos y revulsivos.

Primer caso.

1.º	Toracentesis. . .	8	litros de líquido.
2.º	íd.	11	» » »
3.º	íd.	7	» » »
4.º	íd.		resultado negativo.

La sangría y la aplicación de enérgicos revulsivos antes de la toracentesis no dieron resultado alguno. La curación radical se obtuvo á las seis semanas.

Segundo caso.

1.º	Toracentesis.. .	13	litros de líquido.
2.º y 3.º	íd. .. .	7,-8	» » »
4.º	íd. .. .	4	» » »
5.º	íd. .. .		pocos más.

Externamente vejigatorios; internamente diuréticos. Curación á los treinta días.

COYA.